



POR UNA COMUNICACIÓN HUMANÍSTICA

por
LUIS NÚÑEZ LADEVÉZE

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE PERIODISMO Y
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CC. DE LA COMUNICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

Festividad de San Francisco de Sales
Festividad de San Isidoro de Sevilla

CURSO
2000
2001

25 de Abril de 2001



POR LA COMUNICACIÓN HUMANÍSTICA

*Excelentísimo y Magnífico señor Rector
de la Universidad San Pablo.*

*Ilustrísimo señor Decano, compañero y amigo;
amigos y compañeros de claustro;
queridos alumnos y familiares:*

I.

No hace falta decir que es para mí un honor ocupar en estos momentos esta tribuna. Es una atención inmerecida, sin duda. Pero no sería del todo sincero si dijera que ha sido una sorpresa el haber sido elegido para decir hoy unas palabras. No lo es porque desde que llegué hace unos meses a la Universidad San Pablo-CEU solo he recibido atenciones sin haber hecho merecimientos. Y ésta de designarme para pronunciar una lección en este día de San Isidoro de Sevilla es una más que añadir a tantas muestras de confianza y de afecto como he venido consiguiendo desde mi incorporación a este ambicioso proyecto universitario.

Me perdonaréis que prosiga durante mi intervención con esta orientación personalista con que la he iniciado. Os puedo asegurar que me siento muy cómodo en estos momentos. Al preparar estas palabras

me pregunté sobre por qué un encargo que tiene algo de ritual, en lugar de parecerme engorroso, me resultaba tan agradable. Y eso es lo que me gustaría explicar en esta lección. Una tarea es agradable, claro está, si quien la realiza se compenetra con ella. Y yo hace mucho tiempo que estoy identificado con mi vocación universitaria. Pero no basta con esa compenetración para que un profesional se sienta cómodo y satisfecho. Es necesario que la labor se desempeñe en un ambiente propicio, que el trabajo realizado particularmente se integre en una tarea compartida, que el esfuerzo personal sea alentado e institucionalmente reconocido. Cuando se dan esas condiciones la dedicación a esta profesión de la docencia, que puede ser tanto grata como ingrata, resulta gratificadora. Esas condiciones se dan en la Universidad San Pablo-CEU a cuyo proyecto me he incorporado hace todavía pocos meses. Muchos, si en lugar de tener en cuenta el tránsito del tiempo hubiera que enumerar las cosas que ha habido que hacer durante su transcurso.

Es un proyecto que se distingue de tantos otros en que tiene una identidad porque le alienta un propósito. Su fin puede definirse como un afán de profundización en el humanismo cristiano mediante su difusión en aquellos que habrán de ser llamados a tomar el liderazgo de la actual sociedad. Porque esta sociedad en la que nos movemos, y a la que tratamos de transmitir el contenido de los conocimientos que aquí se imparten, discurre promoviendo artilugios cada vez más eficaces y evolucionados, utilizando instrumentos y técnicas de indudable influencia, pero sin saber muchas veces cómo aplicarlos a un objetivo que esté a la altura de la dignidad de las personas, o con qué intención promover sus propios adelantos de modo que contribuyan a hacerla más habitable, una morada más digna de la condición de seres humanos que han de convivir en paz y concordia. Nuestra Universidad, en cambio, no solo tiene un sentido centrado en el servicio a esa dignidad que la distingue de tantos proyectos como abundan, sin duda interesantes y eficaces, pero mera-

mente instrumentales: también tiene una orientación y hasta un método para alcanzar esa meta a la que se desea llegar.

Y esta es una cualidad difícil de encontrar en esta hora en la que son muchos los que tienen prisa por hacer cosas y no se detienen a reflexionar para qué se necesitan o con qué finalidad las hacen; son muchos los que corren precipitadamente sin saber a dónde quieren ir con tal de llegar a algún lugar sin importarles dónde esté situado porque solo les alienta que no lleguen otros antes; muchos los que recopilan por el mero afán de acaparar, y muchos son también los que buscan, no porque esperen encontrar algo humanamente útil o humanamente valioso, sino por el mero hecho de merodear o de recoger las utilidades que surjan al azar en el camino. Pero aquí, en esta Universidad y en esta Facultad de Humanidades y de Ciencias de la Comunicación, no ocurre así. Se sabe adónde se quiere ir y para qué ir a donde se quiere.

Hoy es San Isidoro de Sevilla el santo patrón de las Humanidades pero nuestra reunión tiene también por finalidad celebrar la fiesta de San Francisco de Sales, el santo patrono de los periodistas. Es un recuerdo justo porque, para esta Facultad de Humanidades y de Ciencias de la Comunicación, San Francisco también debe ser, y con seguridad lo es, algo más que una referencia. Tiene que ser un símbolo, un ejemplo, un modelo de imitación de quienes aquí enseñan y de quienes aquí vienen a aprender. San Francisco de Sales amaba sobre todo, y utilizaré sus mismas palabras porque no sabría yo decirlo mejor, "el éxtasis de la vida", y la amaba porque sabía que la existencia humana tiene una función y una finalidad a la que hay que orientar los servicios que las personas obtienen de las herramientas que usan, si se quiere que la vida acabe, al fin, convirtiéndose en un servicio auténticamente humano; y a mostrar y difundir esa humanizadora razón dedicó su impaciencia inagotable.

Como lo fue San Isidoro de Sevilla, es San Francisco un maestro que imitar justamente en estos tiempos en que los medios de comunicación nos incitan a emular el gusto de liderazgos informes; en que la fácil cesión a los afanes de la popularidad conduce a exaltar las figuras más anodinas o las más estridentes, las que menos saben lo que dicen cuando hablan o las que chillan más; en los que, a causa de ese no saber para qué se quieren los instrumentos que utilizamos, continuamente se confunden los méritos con la suerte, la autoridad con la popularidad ocasional, el ocio con el barullo, la alegría con el placer, la riqueza del alma con el lujo, los auténticos valores humanos, en suma, con sus más histriónicas caricaturas. Recordando lo que San Francisco de Sales puede significar para nosotros rememoro aquellas sobrias y acertadas palabras con que Séneca termina el *liber tertius* de su *Naturales Quaestiones*:

Cito nequitia subrepat. Virtus difficilis inventu est, rectorem ducemque desiderat; etiam sine magistro vitia discuntur.

“La maldad se insinúa rápidamente. La virtud es difícil de encontrar, necesita un guía y un jefe; los defectos se aprenden incluso sin maestro”.

Lo que trato de poner de manifiesto en esta intervención es que esa situación de saber de antemano adónde se quiere ir es un rasgo muy poco frecuente, una seña de identidad insólita en estos tiempos en que todo el mundo corre cada vez más aceleradamente a ninguna parte pero eso sí con ansias de llegar antes que ningún otro a donde no hace ninguna falta ir.

Cuando llegué a esta Universidad, de esto hace pocos meses aunque ya puedan parecer incontables por la cantidad de cosas que han ocurrido y por las que se acumulan en el horizonte esperando ser afron-

tadas, entre las muchas preguntas que me hice antes de decidirme a incorporarme a ella, tal vez la más apremiante fue la de por qué dejaba una Facultad de Ciencias de la Información para integrarme en una de Humanidades y Comunicación. Ahora repito ante vosotros esta misma pregunta, en un examen muy particular, tratando de dar una respuesta reflexiva a una decisión impulsiva. Confieso que esa diferencia entre Información, por un lado, y Humanidades y Comunicación, por otro, me hizo vacilar durante algún tiempo por si realmente podría sumarme al proyecto de la Universidad San Pablo-CEU, y me hizo dudar porque viniendo, como yo venía de una Facultad de Ciencias de la Información, no sabía si mi forma académica de ser, ya viciada por muchos años de oficio, acabaría adaptándose a este proyecto en el que ahora estoy embarcado y al que, con la ayuda de tantos amigos con que ya cuento, espero contribuir en la medida de mis posibilidades

Lo que me preocupaba, entonces, era si podría integrarme en una facultad de Humanidades y Comunicación cuando soy producto de una facultad de Ciencias de la Información. Comprendan ustedes (o comprended vosotros) el sentido objetivo que se escondía en esta cuestión que surgía de una preocupación subjetiva: ¿qué rango tiene la enseñanza universitaria del periodismo y de su análisis, cuando una facultad de Ciencias de la Información lo convierte, por definición, en el centro de su magisterio y, también por definición, una facultad de Humanidades y de Comunicación lo limita, al situarlo en una zona de la enseñanza compartida con otros estudios, estudios que han de ser tan centrales como aquellos propios de la Información, como son los dedicados a las Humanidades?

No sé si debo disculparme por proseguir este breve, lo prometo, discurso, con esta referencia personal. Pero hace ya tiempo que Ricoeur estableció que la esencia de la vida se expresa en el relato mejor que en

el discurso, porque la vida misma constituye un devenir que solo puede ser contado narrativamente. Lo que se desprende de considerar la vida como narración es que la coherencia más profunda entre las ideas y la conducta de los hombres se fragua en el tiempo narrativo mejor que en la abstracción discursiva. Si uno de los imperativos del discurso es la coherencia, también la coherencia o, por decirlo de una manera más estricta, la necesidad de dar coherencia a nuestras vidas personales e institucionales, es una exigencia de la propia estructura de la mente. Tienden al fracaso aquellos planes de vida personal o institucional que no consiguen articularse coherentemente con relación a un proyecto en devenir, porque entonces pierden el nexo del que depende que el desenlace tenga sentido con relación a su génesis. Muchos triunfos espectaculares son como esos prodigiosos destellos que deja el efímero paso de una estrella errante. Duran, mientras se los ve. Después, no dejan rastro.

Esto pasa frecuentemente en las personas, y de aquí surgen graves e inquietantes problemas psicológicos: esquizofrenias, paroxismos, neurosis, paranoias, tan frecuentes en nuestra febril sociedad postmoderna, globalizadora e informatizada. Y lo mismo puede ocurrir con las instituciones, como suele pasar en esas grandes empresas multinacionales, capaces de realizar las más importantes obras con tal de que no se sepa para qué sirven, es decir, que realizan un servicio sin otra orientación ni finalidad que la consecución de su propio crecimiento, eso que en el lenguaje de los tiempos puede expresarse en la máxima de que “el beneficio es el fin”.

Fijémonos en cómo este mundo nuevo, que es el del mercado global, está lleno de instituciones, empresas, proyectos, relaciones, ideas, artilugios, máquinas, herramientas, publicidad, clientes, programas. A pocos, entre tanta zarabanda, se les ocurre hacer un alto en el camino y preguntarse, como ya se preguntaba Séneca. *Quis es praecepit?* ¿Qué es lo fundamental? ¿dónde están las personas de este universo programado

y semoviente, agitadas, dispersas, compitiendo sin más motivo que vencer o dominar...? Quienes colaboran en un trabajo en esas condiciones son entonces instrumento de un conjunto abstracto e inescrutable que las desborda. No son ellas los fines a los que la institución, instrumento de realización humana, debe servir, sino los medios de un objetivo frío y hermético que las ignora. A mí me parece que ese tipo de organizaciones son como esas higueras evangélicas de poderosas ramas y grandes hojas que llaman la atención visual, pero carecen de frutos. Y hoy día hay demasiadas higueras en el frondoso bosque de la globalización. Crecen en todas partes y a diversos ritmos, y pueden desaparecer como flores de un día porque su destino carece de intención y puede no ser otro que el de esperar a ser sustituidas por otras de análoga condición.

Por eso tiene tanto sentido el proyecto de fundir el estudio de la Comunicación en el ambiente de las Humanidades. De las Humanidades se obtiene el contenido de que los medios carecen, suministran una finalidad al uso de los medios de comunicación. Y eso es especialmente importante en etapas como las actuales de transición acelerada y de grandes innovaciones técnicas. Para no perderse en el ambiente de las innovaciones hay que reafirmarse en los principios que permitan orientarnos entre los cambios y dotarles de ese sentido humano del que tanto se habla porque tanto falta.

II.

Sin duda, esta es una época muy singular y apasionante, una época a la expectativa, una era de grandes y continuos descubrimientos, en la que se han producido novedades tan importantes que habría que descender mucho en el repaso de la historia para encontrar otro momento que se le asemejara. Voy a arriesgarme a hacer una comparación que espero que sea ilustrativa de lo que quiero decir aunque con la conciencia de que solo tiene un valor retórico. Tal vez el tránsito del periodo

helenístico a la romanización pudiera recordarnos una inquietud y un palpito similar. Pero si hubiera que buscar un parangón firme, aunque se trate de una mera metáfora histórica y por tanto de una analogía simplificadora y caprichosa, yo creo que estamos viviendo una etapa de incipiente *renacimiento* a la que, como entonces, hay que proveer de valores humanísticos. Hay que encontrar un sentido humano a los nuevos medios de comunicación para que no se conviertan en meros artefactos al servicio de un beneficio sin fin humano.

Digo que estamos en una etapa incipiente porque todo cuanto está ahora al alcance de nuestra vista está por hacer, por descubrir y realizar. Disponemos de nuevos instrumentos cuyas potencialidades no sabemos aún aprovechar. Tenemos brújulas, con nombres extraños como *Lycos*, *Yahoo* o *Google*; las nuevas impresoras sustituyen a las viejas imprentas, y surcamos el hiperespacio con carabelas como el *Explorer* y *Navigator*. Trazamos día a día los portulanos y las cartas de marear de ese insólito mundo nuevo que es el espacio informático con *Microsoft*, y *Claris* aunque algunas que prometían se han quedado por el camino, como *Word Perfect*. Y todavía esperamos que se produzcan nuevos cruces en los itinerarios informáticos con los electrónicos y las redes, para que la pantalla única acabe imponiéndose como horizonte común y referencia universal de la multiplicidad de imágenes y de itinerarios novedosos.

Podemos comparar esa nueva apariencia de nuestro mundo actual con la que describía Dilthey cuando se refería a la aparición del humanismo renacentista:

Los hombres se encaran con un porvenir sin límites. Europa es un gran campo de trabajo en el que la industria y el comercio van a brazo partido con la invención científica, el descubrimiento y la crea-

ción artística. Pero este ímpetu arrollador de las fuerzas nuevas no ha encontrado todavía las vías ordenadas por las que discurrir canalizado”.

Creo que esa descripción que hace Dilthey del Renacimiento es aplicable a la actualidad con simplemente sustituir la palabra “Europa” por la palabra “mundo”. Su potencialidad no oculta sus inconvenientes contrapartidas:

“con el Renacimiento renacen los epicúreos (que hoy conocemos como materialistas), los estoicos (que hoy son los estetas postmodernos, capaces de cualquier sacrificio siempre que no sea por un motivo moral), los panteístas embriagados de naturaleza (que hoy llamamos ecologistas) los escépticos (que hoy denominamos nihilistas) y los ateos (a los que hoy no hace falta dar nuevo nombre porque siempre llevaron el mismo)”.

Trabajo, industria y comercio, invención científica, descubrimiento de un nuevo mundo, ímpetu arrollador de fuerzas nuevas que han trastornado en pocos años de tal modo el escenario global que el lenguaje que utilizábamos para describirlo hace solamente poco más de un decenio resulta ya tan lejano que a nuestros estudiantes ni siquiera les suena en los oídos:

Al igual que en el Renacimiento cayeron el escolasticismo y florecieron las dispersiones protestantes, cayó también el muro de Berlín, -de eso hace apenas esa docena de años a los que acabo de referirme, y la guerra fría que dividía al mundo en dos zonas de influencia quedó sustituida por la eclosión inesperada de los nacionalismos ocultos. También cayó la pugna entre las ideologías, que ha sido reemplazada por la convergencia en el mercado mundial, eso que también llaman el “mercado único”. Quienes piensan cómo superar lo que también han llamado el “pensamiento único”, que no es más que una manifestación de esa

globalización, de esa interdependencia comercial, diplomática y comunicativa, contribuyen a su pesar a fomentar esa unicidad del pensamiento. La extensión y rapidez, -ya simultaneidad-, de las comunicaciones ha permitido integrar las relaciones comerciales, informativas y culturales. En el espacio virtual obtenemos la información en tiempo real. "Tiempo real" es una expresión nueva que utilizan sobre todo los programas radiofónicos para asegurar al oyente que la información que reciben se está produciendo al mismo tiempo que se informa de ella.

Es el espacio virtual lo que permite acortar el tiempo informativo para convertirlo en tiempo real. Naturalmente, ese cambio, que se produce como consecuencia de la extensión de la tecnología, tiene numerosas e importantes consecuencias de las que apenas sí somos conscientes. Internet hace a un amigo transoceánico más próximo y familiar que a nuestros vecinos de piso a los que saludamos cuando nos los encontramos en el ascensor pero con quienes no tenemos relaciones de intimidad. A ese acercamiento de lo distante y a ese alejamiento de lo próximo es a lo que ahora se llama "globalización". Es como si el espacio se ensanchara por haber acortado todas las distancias que nos separaban a través de los nuevos medios de comunicación. También en el Renacimiento el mundo se hacía más transitable al comprobar que era esférico. Podemos decir que solo nos falta para que podamos compararnos a los humanistas en el Renacimiento, que también florezcan, como florecieron entonces, los saberes humanísticos. Más importante aún que descubrir un mundo nuevo es dar un sentido humano a ese descubrimiento.

III.

McLuhan es el primero en captar el sentido profundo de la globalización, es quien introduce la palabra en su sentido actual cuando se refiere a que el mundo evoluciona tecnológicamente hacia una “aldea global” a consecuencia de la progresión electrónica, y eso que no había conocido el desarrollo informático del que apenas habla, ni mucho menos Internet. En el nuevo espacio de las comunicaciones las distancias y el tiempo se acortan porque aumenta exponencialmente la interdependencia entre los hombres. Eso ya lo comprendió McLuhan. Por eso es el primer profeta de la globalización en el sentido que hoy damos a la palabra. Habló de una aldea global y ahora traducimos su imagen hablando de un mercado global.

Advertiré de que McLuhan hablaba de la aldea no en sentido figurado sino casi en el estricto sentido de la palabra. Él pensaba que el alfabeto había exacerbado la disociación entre la realidad y el lenguaje, que había ampliado desmesuradamente la relación de arbitrariedad entre el nombre y las cosas nombradas. A su juicio, el alfabeto era una tecnología, la propia del hombre occidental, una tecnología que había producido la hipertrofia de la visualidad y la atrofia del resto de los sentidos. Con la aparición de la imprenta ese predominio de lo visual sobre lo táctil y lo auditivo aumentó, a su juicio, todavía más. Pero con la aparición de la tecnología electrónica cambia esa relación o, al menos, eso piensa McLuhan. El hombre alfabético pasa a ser postalfabético. La cultura moderna, basada en el predominio de lo visual, cambia de signo. La nueva tecnología permite recuperar e integrar en lo táctil el resto de los sentidos que la imprenta había dispersado. En eso consiste lo propio de la era electrónica llamada a sustituir a la era de Gutenberg.

No digo que McLuhan tuviera razón ni mucho menos. En muchas cosas la tuvo y en otras hay que releerlo con recelo. Además, parece que él pensaba sobre todo en que una tecnología sustituye a la otra y acaba con ella. Que la electrónica está internamente enemistada con la

impresora. Creo que eso equivaldría a decir algo así como que el ordenador es incompatible con la impresora cuando más bien, hoy por hoy, nos parece que una es la prolongación del otro. Pero es verdad que, como él decía, hemos entrado en una nueva época. Postmodernidad o globalización son términos nuevos que utilizamos ya para designar de un modo amplio esa nueva realidad.

¿Es cierto que con las nuevas tecnologías de la información se potencia la presencia cultural de los otros sentidos, el auditivo, el olfatorio y el táctil? Lo que McLuhan quería decir con esas simplificaciones es que, de modo parecido a como se pasó del mundo prealfabético al alfabético, se puede pasar del alfabético al postalfabético. Sin duda, es muy arriesgado decir que estamos en una etapa postalfabética, pero no es aventurado pensar que la nueva tecnología de la información y de las comunicaciones ha trastornado las relaciones entre lo impreso y lo audiovisual.

Es posible que el mundo prealfabético, el mundo más primitivo, el de los hombres que por carecer de escritura alfabética no se habían incorporado plenamente a la historia, se caracterizara porque el uso de la facultad del lenguaje se ejerciera en comunión con el resto de los sentidos. El hombre primitivo, el hombre que habita en la aldea en comunicación con la naturaleza, el agricultor o el nómada que viven de la agricultura y de la caza sin necesitar la mediación de la escritura alfabética, experimenta una interacción sensorial más plena, las sensaciones están integradas en el lenguaje, está inmerso en una comunión sensorial en la que todos los sentidos son igualmente participativos, entrelazados y activos.

Según McLuhan, en la cultura del manuscrito primero y, de manera más acusada, en la del libro después, el lenguaje se desgaja del resto de

ios sentidos excepto del de la vista que se convierte en el predominante. Es una afirmación a cuya comprobación dedica muchas páginas de su obra principal, *La galaxia Gutenberg*. Tengo muchas dudas de que eso sea verdad, así como también dudo de que la alfabetización signifique algo así como la ampliación de lo visual y la merma de los demás sentidos. No sé, son cosas difíciles de comprobar y que se prestan a las comparaciones ingeniosas. También es muy dudoso afirmar que ahora, con la extensión de las nuevas tecnologías sea posible, como él asegura, recuperar esa interacción entre todos los sentidos que había perdido el hombre de la imprenta.

Hay mucho de imaginación emboscada en esa forma de presentar los cambios que se producen. Sin embargo, hay intuiciones que sorprenden porque son anticipaciones claras de lo que ya vivimos. Como esa idea de que entramos en un mundo global. Es cierta hasta el punto de que hemos visto que el lenguaje habitual de los medios informativos ha convertido en un tópico palabras como “mercado global y globalización”. Nos entendemos con ellas. No parece discutible que el hombre actual haya encontrado, gracias a la tecnología de la información y a las telecomunicaciones, un nuevo entorno más amplio, más abierto, en el que lo más remoto se ha convertido en accesible, pero en el que la urdimbre de las comunicaciones y de la información se ha enmarañado tanto, -y el proceso no ha hecho más que empezar-, que puede ser más fácil perderse que orientarse, o tan fácil encontrar algo como resulta difícil saber qué utilidad se le puede dar a lo encontrado, o qué valor cultural o cognoscitivo aporta el hallazgo.

En el espacio de Internet encontramos al alcance de cualquiera, sepa o no sepa pensar, tenga una idea u otra de la vida, casi todo lo que tiene una composición simbólica. Todo está al alcance de las manos, es decir, al alcance de una tecla de nuestro ordenador de sobremesa o del portátil que llevamos en una cartera. Pero son tantas las cosas que se

pueden tomar con las manos que es imposible abarcarlas. Hay que mirarlas, pero no hay posibilidad de mirarlas una a una. Hay que sopesarlas, pero no tenemos capacidad para cogerlas. No disponemos de ese tiempo, y todas se ofrecen a la vez a nuestra atención, o se acumulan cuando buscamos la que deseamos, suponiendo que sepamos realmente lo que deseamos. Porque para saber lo que se desea es necesario tener un criterio. Se comprende entonces que hay que seleccionar, pero eso significa que hay que disponer de pautas de selección. Y eso es justamente lo que se echa en falta. ¿Dónde están esas pautas?, ¿cuáles son? Hay que valorar lo que se nos ofrece de un modo tan promiscuo. Pero, en el mercado global de la postmodernidad no hay una jerarquía socialmente uniforme que permita distinguir los juicios válidos de los que no lo son. Por eso vemos que los medios de comunicación convierten tan fácilmente en ídolos personajes que no tienen nada que enseñar, consiguen que programas de inane contenido alcancen éxitos desmesurados, que la popularidad evanescente sustituya al magisterio consistente. Por eso es también raro que los valores verdaderamente humanos prevalezcan sobre los de la acción social trivializadora o disgregadora. Es en ese escenario en el que hay que navegar. Y está lleno de itinerarios confusos, de caminos equívocos, de cruces que no sabemos adonde conducen.

Paradójicamente McLuhan era un humanista, un profesor de literatura clásica, a la vez cegado y maravillado por los frutos de la cultura de masas. Digo, paradójicamente, porque profetiza la sustitución de la tecnología que él mismo usa, aquella de la que sus propias contribuciones forman parte, la del alfabeto y la imprenta, la del libro y el humanismo, por otra tecnología, la eléctrica o electrónica, en la cual estamos inmersos ahora mucho más que lo que él pudo suponer. Lo que en el fondo trató de hacer no es muy distinto de lo que esta Facultad de Humanidades y Comunicación proyecta hacer. Contribuir a la humanización de los procesos comunicativos.

IV.

Que conste que soy consciente de que todas esas cuestiones que he estado formulando tienen en esta presentación de la festividad de San Isidoro de Sevilla una función en cierto modo retórica. No las hago para contestarlas, porque yo no sé la respuesta, y ni siquiera estoy muy seguro de que en el origen mcluhiano de muchas de ellas, algunas de esas indagaciones estén bien formuladas. Simplemente quería traer a colación la memoria de uno de los grandes adelantados de nuestro tiempo, que está especialmente relacionado con las disciplinas que se imparten en una Facultad de Humanidades y Comunicación, para subrayar ese aspecto que permite enfatizar con más seguridad la comparación entre el mundo renacentista del pasado y el renacimiento del presente.

Me estoy acercando al final de mi intervención. He tratado de describir algunos de los rasgos más significativos de este cambio de escenario que se ha producido tan rápidamente en los últimos diez o quince años. Y he tratado de comprenderlos sirviéndome de una fuente cuya obra me ha parecido más intuitiva, anticipatoria y penetrante que ninguna otra. Una referencia que, por otro lado, es también muy próxima a quienes nos ocupamos de los estudios en una Facultad de Humanidades y de Comunicación.

Por supuesto, que las cosas venían cambiando desde mucho antes, seguramente desde que aparecieron los rudimentos de la nueva tecnología. Pero el caso es que tras el desfallecimiento de la modernidad, y tras el aluvión de novedades aportado por la tecnología y que produce la actual globalización, no sabemos con seguridad en que ambiente nos internamos. Antes estaba bastante claro entre qué había que elegir, era relativamente simple decidir entre democracia o autoritarismo, entre Estado de Derecho o utopía social, entre una ideología y su contraria. Ahora que la utopía moral también se ha disuelto, cuando los estudiantes

ya no quieren parar el mundo para bajarse de él sino que se contentan con encontrar un trabajo para vivir en su entorno, las cosas en lugar de simplificarse se complican mucho más. Todo coexiste con todo en una amalgama en la que son muchos los que aseguran que todo da igual porque todo vale lo mismo, unas botas de fontanero o un drama de Shakespeare, una pareja de hecho o una familia numerosa.

Hemos bautizado esa novedad rescatando el prefijo “post”. De una manera débil, casi dubitativa nos hemos apresurado, sin encontrar una palabra mejor, a llamar postmodernidad a ese nuevo escenario de rasgos equívocos. Puede o no ser acertada esa denominación, pero lo que está claro es que hay una conciencia de posterioridad, de que hemos entrado en una fase diferente, que no supone la pérdida ni la renovación de lo anterior, sino que va por otros caminos. Desde un punto de vista expresivo, ese ritmo sesgo puede manifestarse en la hipertrofia que ha adquirido en los últimos años el uso del prefijo “post”. No se trata solo de “postmodernidad”.

Creo que la primera vez que se usó con afán de precisar esos cambios de rumbo o de orientación fue cuando Daniel Bell se refirió a esa sociedad en la que comenzaba a manifestarse la fuerza de la tecnología informativa, llamándola “sociedad postindustrial” en su obra *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Este libro fue, con un sentido muy distinto del de McLuhan, otro gran testimonio de la capacidad de anticipación o de prognosis. La idea principal de Bell era que una tecnología, que llamó del conocimiento, sustituía a la vieja tecnología industrial convirtiendo al conocimiento en un instrumento imprescindible para las necesidades de renovación de la sociedad industrial. Esta renovación es tan intensa e impone tales cambios que sitúa a la sociedad industrial en una nueva etapa que denominó “post-industrial”. Bell tenía plena conciencia del sentido expresivo del prefijo “post” que estaba utilizando para referirse a esa etapa, hasta el punto de que escribe:

“Se tenía por costumbre considerar como el gran modificador literario a la palabra ‘antes’ antes de la tragedia, antes de la cultura, antes de la sociedad. Pero parece que nos hemos cansado del antes de, y hoy el modificador sociológico es post.

Bell da cuenta de que antes de que él hablara de sociedad “postindustrial”, el teólogo Sidney Ahlstrom se refirió a la situación religiosa de Estados Unidos caracterizándola de “post puritana, post protestante y post cristiana”. Después, o casi al mismo tiempo que Bell, el sociólogo Alain Touraine se refirió también a la sociedad “postindustrial”. Luego Bell puso en boga la idea de “postmodernidad” en una obra denominada *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Y, casi al mismo tiempo, comenzaba el gran debate sobre si las tendencias intelectuales en que se basó la modernidad se habían agotado y había o no que dar paso a una nueva etapa caracterizada, no por ser moderna, sino por ser una prolongación hacia no se sabe qué dirección de una modernidad que había perdido la brújula. A ese no saber hacia dónde se iba se le llamó “la postmodernidad”.

El sentido de cambio favoreció que el prefijo *post* se fuera utilizando para designar cualquier alteración significativa de naturaleza cultural, social o intelectual. Se habló, pues, de “postmarxismo” porque había caído el muro de Berlín; de “postcapitalismo”, porque muchos habían aventurado que el “capitalismo” no podía subsistir al comunismo; de “postliberalismo” porque en la era postideológica no era políticamente correcto que el liberalismo sobreviviera al socialismo; de postsocialdemocracia, que era el anuncio de una equidistante e incierta tercera vía entre la socialdemocracia perdida y el liberalismo; del “fin de la historia” que era la continuación de “el fin de las ideologías”. En todo caso, no se trataba de expresar la idea de que comenzaba una época de transición, sino la de que nos hallamos en la prolongación de las cosas que se han agotado, cosas como la modernidad, el marxismo, la ideolo-

gía, el comunismo, la historia, para cuya continuación no encontramos una palabra que pudiera designarla de un modo convincente. Porque me resisto a creer que la expresión “pensamiento débil” con que algunos han tratado de identificar el cambio de mentalidad que se produce en el tránsito de la modernidad a la postmodernidad, tenga un verdadero sentido sustantivo. Hasta que se encontró que la palabra “mercado global” y “sociedad global” expresaban, hoy por hoy, mejor que ninguna otra palabra, esa sensación de novedad a la que se aludía mediante el prefijo *post*.

Esa novedad es justamente la que anuncia McLuhan cuando introduce la expresión de la aldea global. Lo que McLuhan no advierte es que esa idea de la globalidad, que a él le parece tan novedosa, nos asemeja aún más a esa época de novedades de la que trata de separarnos que se inicia con el Renacimiento. Porque entonces no aparece la novedad de Gutenberg sino también la del globo terrestre. Es entonces cuando se tiene la primera experiencia de lo global y su primera representación esférica ¿Es casualidad que ambas cosas aparezcan casi a la vez, la imprenta y el primer globo terrestre, que la primera representación de la globalidad sea coetánea de la imprenta?

La parte más humana y comprensible del nuevo lenguaje tecnológico está lleno de incitaciones metafóricas o de desplazamientos metonímicos. No necesitamos inventar palabras nuevas y añadirlas a las ya acuñadas en el lenguaje de Gutenberg para referirnos a esas nuevas realidades, nos basta con decir que usamos un navegador, o comprobar que continuamente se abren nuevos portales y ventanas, que navegamos por el espacio virtual, eso sí, hoy como entonces, sin rumbo definido.

Es tan frondosa y fructífera la actual arboleda de los medios que es muy fácil perder el sentido, la orientación, la relación entre el principio, los medios y el fin de los proyectos personales o institucionales.

Nunca podría aplicarse mejor aquella expresión coloquial tan expresiva de que los árboles no dejan que veamos el bosque. Estamos inmersos en un mundo que ha fructificado en medios de eficacia y vigor incomparablemente superiores a los que utilizaron sociedades precedentes, pero que corre el riesgo, que se manifiesta luego en la profunda extensión de las tribulaciones psicológicas, de la anomia social, del indiferentismo moral de perderse en ese bosque mediático en que ha desembocado la tercera revolución industrial. No hace falta más que abrir el periódico o asomarse a Internet para ver qué es lo que falta. Cuanto más se conculcan más se habla de Derechos Humanos. Pero se conculcan, porque no se tiene un sentido preciso, un sentido humanista, del significado de la palabra humano.

Conste, y lo matizo ahora guiado por mi labor académica que me obliga a preocuparme por los usos periodísticos del lenguaje, que uso esta palabra de “mediático” con cierta prevención, como una concesión a esa moda a veces traumática y deformante, a la que no son ajenas sino en gran parte responsables las mentalidades técnicas de los que presumen de ser expertos en ciencias especializadas, porque ella misma me parece que es fruto de esa desorientación a la que me estoy refiriendo que se distingue por dar más importancia a los instrumentos que a los fines que se pueden alcanzar si se los utiliza con arreglo a criterios que permitan aplicar su eficacia a objetivos humanos dignos de ese nombre.

Volvamos, por fin, al principio de esta reflexión que me ha propuesto realizar antes ustedes el decano de la facultad de Humanidades. La entiendo como lo que es, como una muestra de confianza en mi dedicación al oficio universitario, una confianza tal vez excesiva, basada más en la afectividad que en una cabal consideración de mis cualidades, y que me obliga a responder por encima de mis condiciones. Espero no defraudarles. ¿Por qué una facultad de Humanidades y no una de Ciencias de la Información? Me parece que ya he adelantado mucho de la

respuesta. Ahora la concretaré. Porque una facultad de ciencias de la Información lo es de los medios, y una facultad de Humanidades los encauza hacia los fines.

El otro día, cuando digo el otro día me refiero al mes de octubre porque el tiempo vuela, *-tempus fugit* es una expresión de Ovidio en las *Bucólicas*-, el vicedecano de esta Facultad José Rodríguez Vilamor, compañero mío en algunas aventuras periodísticas que no acabaron de la forma que ambos hubiéramos deseado, me propuso integrarme en el Consejo de Redacción del diario *El rotativo*. En la conversación que mantuvimos los integrantes de ese Consejo, se habló de que el criterio editorial debería estar inspirado en el “humanismo cristiano”. Casi de un modo mecánico me pregunté en voz alta, durante la conversación, si puede haber otro tipo de Humanismo que no sea cristiano. Puede haber, quién lo duda, humanistas que no sean cristianos, pero si el Humanismo y las humanidades se interpretan como contribuciones a la permanente dignidad de lo humano son necesariamente cristianos. Tienen como función integrarnos en ese “éxtasis de la vida” del que habla San Francisco de Sales, el éxtasis que se produce cuando se contempla en el hombre la medida trascendente de su dignidad.

Alfonso Bullón, responsable directo de que yo haya venido a esta universidad, sonrió, no sé si maquiavélica o agustinianamente, o combinando sutilmente ambos sentidos a la vez como suele ser habitual en su modo de sonreír. Pero tengo por muy cierto que cuando se habla de Derechos Humanos o se usan expresiones similares que con tanta frecuencia oímos, o se usan para referirse al valor distintivo de lo humano o carecen de sentido. Lo auténticamente humano no es algo permutable, sino la condición que distingue de modo permanente al hombre de los demás seres de la naturaleza. Las humanidades son los productos culturales de un humanismo que tiene un valor perdurable porque han sido seleccionados por un proceso de reflexión histórica y cultural que ha de

servir de cauce a la conservación y la transmisión de los valores inherentes a la dignidad del hombre.

Yo creo que lo mejor que podemos desear a esta Facultad de Humanidades y de Comunicación es que haga verdad de su nombre, que realmente su enseñanza se enfoque no solo a impartir unos conocimientos instrumentales imprescindibles para el mantenimiento de las propias necesidades que esta sociedad inmensamente productiva crea continuamente para renovarse a sí misma, porque no basta con enseñar estrategias informativas más o menos especializadas de las que depende la integración social y económica en la era de la globalización, ni es suficiente adiestrar en el uso de estas nuevas y eficaces tecnologías de la información, ni tampoco alentar a transitar por los aún inexplorados senderos abiertos en la aldea global de la virtualidad, sino que además hay que insertar este conjunto de medios en los fines permanente de lo humano a fin de que quienes se formen y convivan en ella puedan profundizar en esa dimensión trascendente que llevó a San Francisco de Sales a gozar de “el éxtasis de la vida”, porque ese es el único proyecto que tiene auténtica dimensión humana. Solo lo que conserva la dignidad permanente del hombre vale la pena compartir.

Esto es lo que yo vine a encontrar aquí, y esto es lo que espero, ansío, y creo haber encontrado. Porque, si me pregunto con Séneca:

Quid est praecipuum? “Que es lo principal?”.

contestaré con Séneca:

Erogere animun supra minus et promissa fortunae

“Eleva el espíritu por encima de las amenazas y las promesas de la fortuna”.